



UN AMIGO ESPECIAL

por Fr. Mariano Di Vito, OFM Cap.

Gracias a indiscreciones bastante precisas y convincentes dedujimos que el Santo Padre Juan Pablo II vendría a visitar las Diócesis de la provincia de Foggia.

Estamos en el 1987, el proceso canónico para la beatificación y canonización del Padre Pío sigue adelante con altibajos. A veces se tiene la sensación de encontrarse literalmente delante de obstáculos que parecen insuperables.

Y sin embargo no dudamos ni siquiera un momento que el Santo Padre habría subido al monte Gargano, a San Giovanni Rotondo, para visitar y saludar al Padre Pío, como un amigo, aunque esta vez venía como sucesor de s. Pedro, ¡como un amigo verdaderamente especial!

Las expectativas fueron superadas por los espléndidos e inimaginables días de aquel mayo de 1987: celebración de la Eucaristía en el Parque del Papa (ahora se llama así), encuentro con los frailes y las autoridades en la Iglesia de Santa María de las Gracias, visita a la Casa Alivio del Sufrimiento, a los enfermos y a aquellos que allí trabajan, entusiasmados y conmovidos en sus respectivas unidades... incluso una foto con los frailes que lo rodeaban para que les bendijese las coronas o simplemente para estrecharle la mano... verdaderamente una fiesta. Preciosa, ¡es más única!

¿Cómo olvidar la mano del Papa apoyada sobre la fría piedra de la tumba del Padre Pío, como acariciándola, y su mirada absorta casi como para pedir al amigo y al "venerado padre" ayuda y fuerza para el altísimo servicio al cual había

sido llamado? yo estaba también y no me he olvidado,...

Él, el Papa llegado desde lejos, como el resto de los Obispos y de los fieles de su Polonia "semper fidelis" habían visto desde el inicio en el Padre Pío un seguro punto de referencia y una especial fuerza en los durísimos días de la dictadura atea y comunista, que en vano había intentado apagar en la sociedad, en las mentes y en los corazones la luz de la fe.

Pontífice y peregrino, devoto y amigo, conjunto de personales recuerdos y actualidades concretas de la historia... todas ellas en apariencia inconciliables dimensiones se encontraban a contraluz en su discurso tenido aquella tarde en la Iglesia de Santa María de las Gracias. Después de haber indicado al Padre Pío como modelo para los sacerdotes, exactamente por la centralidad que tuvo en su vida la celebración de la Eucaristía y la Reconciliación, Juan Pablo, casi con la mente dirigida a su pasado y a la personal e íntima unión con el Padre Pío, así se expresó: *"Quiero agradecer al Señor con vosotros por habernos concedido al querido Padre Pío, por haberlo donado, en este siglo tan atormentado, a esta generación"*.

El "querido Padre Pío...", quien habla es el Sucesor de s. Pedro, con la autoridad de su ministerio y la autoridad de un hombre extraordinario como Karol Wojtyła, es innegable, por otra parte, la inmediatez y la espontaneidad del lenguaje, que ahoga sus profundas raíces en una sintonía espiritual y en una visión común de la historia, salvada por la Sangre de Cristo, pero que necesita igualmente que se abra

sin miedos al abrazo del Salvador. Juan Pablo será el Pontífice que incluirá al Padre Pío, primero, en la lista de los Beatos, después en la de los Santos y que en muchísimas otras ocasiones haya subrayado la extraordinaria misión de testigo y profeta de nuestro santo hermano, en el contexto de la historia contemporánea y reciente, dramáticamente atravesada por ideologías y praxis que, cuando no se oponen abiertamente a Dios y a lo trascendente, lo consideran inútil e incluso dañino.

"¡Hagámoslo caminar a este Padre Pío. Hagámoslo caminar!" Con esta expresión el Santo Padre saludaba al entonces Ministro General de la Orden de los frailes Menores Capuchinos, fray Flavio Roberto Carraro. Allí, quizás se refería al proceso de Beatificación que en aquel momento parecía que se había enarenado. Desde estas columnas me gusta leerlo como una invitación, o mejor como una orden fuerte y clara, a poner al Padre Pío sobre los caminos de nuestro tiempo, para que pueda encontrar a sus hermanos y relatar una vez más cuánto Dios ama a los hombres, dándoles fuerza para que no tengan miedo y, con confianza abran las puertas a Cristo Señor.

Juan Pablo II el Grande, nos lo repite también hoy a nosotros, recordando su visita a San Giovanni Rotondo en aquel 23 de mayo de 1987.

Es la consigna de un gran Pontífice, muy querido por todos nosotros... y del Padre Pío ¡un amigo especial!!

VI